

## *IN MEMORIAM*



JOSÉ MIGUEL MARINAS (1948-2022)

Si su querido Ramón Gómez de la Serna daba conferencias desde un trapecio, José Miguel Marinas compuso su atrevida Sociología también desde un trapecio. Un trapecio hecho de tabla de materiales populares y alambres psicoanalíticos, anclados en una cenital filosofía que latía con la Ilustración y la mítica desmitificación de Barthes.

Un trapecio desde el que columpiaba distintos campos sociológicos, que, por supuesto, no fueron los únicos a los que se dedicó desde su altura. En el trapecio, no es únicamente el trapecionista el que se mueve y corre riesgos, sino que, con su movimiento, agita con nueva panorámica el campo observado, que corre el grave riesgo de dejar ver sus agujeros. Campos como la metodología -investigación social cualitativa, historia oral e historias de vida- o la sociología de la infancia. Ahora bien, en el que creo que se encontró más a sus anchas -y en el que ambos, bajo la mirada de los atentos maestros del Curso de Praxis de Sociología del Consumo, nos encontramos- fue en el campo de la Sociología del Consumo.

Como cumpliendo con un guion, más inscrito que escrito, alguien que venía de Filosofía tenía que enfrentarse a la Sociología del Consumo desde Simmel o Benjamin. Bueno, también lo podía haber hecho desde otros autores de la Teoría Crítica y otras filosofías. José Miguel Marinas acertó en su elección; aunque no anduvo muy lejos de los Adorno y Horkheimer. Pero, como suele pasar y aun teniendo en cuenta los personales rasgos con que nos dibuja a los autores de Filosofía del dinero e Iluminaciones, lo más interesante es lo que surge fuera

del guion. Especialmente lo que tiraba de ese alambre psicoanalítico. En ese tirar (“La fórmula del bazar”, “El malestar en la cultura del consumo”, “El cuerpo del consumo”, “Ética y cultura del consumo”, hasta el traje completo en Investigar la cultura del consumo) llovieron objetos que se fueron a reunir en el bazar. Bazar era la palabra mágica. La que condensaba deseos del objeto infinito, en que se configura el consumo, y objetos infinitos del deseo. El bazar era un intento imposible por acaparar, acumular, encerrar, poner fronteras -límites- a una cultura del consumo definida por la infinitud (“El malestar en la cultura del consumo”).

Se citó con Ramón Gómez de la Serna en el bazar. El de ambos, de Ramón y José Miguel; de José Miguel y de Ramón. Evocaron a Voltaire: “Nada hay más necesario que lo superfluo”. Hablaron de la utilidad de las cosas porque tienen poesía. Todas las cosas, como dice la copla, son cosas del querer. Las cosas del consumo tienen un alma, que es algo más que el alma de su trabajador, de su productor, pues también tienen mucho del alma de su consumidor. Cosas que, como hacía Gómez de la Serna, permitían fabular en el día a día. Los objetos “están ahí”. En el bazar. Apenas hablan de comprarlos o venderlos. Los objetos se tienen, se encuentran o se pierden. Transcenden su calificación como mercancía. Y es que un objeto de consumo ya no es una mercancía, ni un valor de uso. Es un alma de la cultura del consumo.

El texto de José Miguel sobre Ramón Gómez de la Serna es el más juguetón y, por ello, el menos ceñido a la seriedad académica y el más a tomar en serio. Bien es cierto que enfunda el risueño ramonismo en la seriedad del analista de la cultura de consumo. Pero José Miguel consigue que no sea una seriedad taciturna, pesada. No iba con su estilo. Es un análisis profundo en tono sonriente, amable, tranquilo, casi cantarín. Es un encuentro en el bazar.

El siglo XX, como apunta Bergamín (Obra taurina), es el siglo del bazar, que tiene su expresión más celebrada en las Exposiciones Internacionales (El bazar americano es el título que le da Marinas). El mundo del consumo ya no es el del pecado, tampoco es el de la navegación de los mapamundi. El mundo es un bazar, es el mundo de las cosas. La Sociología del Consumo de José Miguel Marinas es un bazar intelectual que nos invita a detenernos en los objetos. A mirarlos. A mirarnos. Un ejercicio de pura objetividad. Gracias, Miguel.

Javier Callejo  
UNED

## EN EL BAZAR POÉTICO DE JOSÉ MIGUEL MARINAS

José Miguel Marinas Herreras era catedrático emérito de Ética y Filosofía Política de la Universidad Complutense de Madrid, donde venía impartiendo clases y dirigiendo cursos e investigaciones de doctorandos desde mediados de los años 70 del pasado siglo, tras alguna breve dedicación docente en otros centros. Murió de forma repentina en la noche del 7 de enero de 2022, muy poco tiempo después de haber publicado *El ajá del traductor* y la novela *Mano de santo* y dejando interrumpidos otros proyectos intelectuales o literarios, también destinados a edición. Así *Pasto dibujante*, libro de poemas que aparecería de modo póstumo ese mismo año en la editorial Libros de la resistencia, a la que ya había confiado varios trabajos.

Difícil resumir vida y obra de Miguel Marinas, persona de múltiples curiosidades y aplicaciones, tenaz y brillante analista en su especialidad universitaria, pero igualmente viajero incansable, conferenciante polifacético e interesado por niveles muy dispares de la filosofía especulativa y la oralidad coloquial en las lenguas y en los pueblos. Marinas mostraba en cualquier situación la humildad del sabio que tiene todavía mucho que aprender y que no desprecia ningún ámbito real o simbólico ni a ningún interlocutor. Poseía, entre sus asombrosas cualidades, una gracia sutilísima para la ironía, el calambur fulminante o la versión paremiológica de cualquier alto referente filosófico, sólo detectable por quien tuviese, cosa no tan fácil, sus lecturas e inteligencia, un recorrido equivalente por el conocimiento teórico y los signos de la cultura popular o tal capacidad de aislamiento del núcleo de los mensajes abstractos o sensibles, tal disposición para relacionar o quintaesenciar conceptos e imágenes.

Aparte el poso directo de enseñanzas diversas fijado en las aulas, reconocido muy afectuosamente por sucesivas generaciones de alumnos e imposible de calibrar, la infinidad de artículos en revistas especializadas y libros coordinados o conjuntos, particularmente de España y América Latina, los másteres dirigidos y la participación habitual en diálogos y debates, las publicaciones personales de Miguel Marinas podrían incluirse en cuatro campos semánticos, sin que resulte siempre adecuada dicha reducción en límites más o menos visibles y desde luego sin perjuicio de frecuentes extensiones interdisciplinarias fuera de uno u otro.

### Comunicación Oral

Podría iniciarse una especie de catalogación o mera síntesis a partir de la oralidad lingüística y la transcripción dialógica, en la que se incluirían *La historia oral. Métodos y experiencias* (1993), escrito en colaboración con Cristina Santamarina, *Palabra de pastor* (1996) y *La escucha en la historia* (2007), junto con los libros de conversaciones recíprocas con Olvido García Valdés, *Un lugar donde no se miente* (2014) y *La sorpresa del mundo* (2017). En ellos no sólo se demuestra de modo práctico la viveza del diálogo hablado y las ricas derivaciones intelectuales y sentimentales que convoca, sino que se repasan los itinera-

rios personales complementarios, coincidentes y divergentes, generacionales, académicos y existenciales de García Valdés y Marinas, con sus fundamentos caracterológicos, culturales, filosóficos y poéticos. Dejando aquí aparte las cuestiones y respuestas de la poeta asturiana (como en general se soslayan las muy relevantes de Cristina Santamarina), Marinas hace un repaso coloquial de su vida académica, indudablemente rigurosa o sistemática, pero sobre todo de algunas obsesiones personales por la escritura en sí y por los márgenes o “pliegues” (Deleuze) del pensamiento y sus formas expresivas. A este propósito Marinas dice: “el saber tiene que ver con lo singular, está acompañado siempre de pasiones, de sentimientos y afectos, que en la guía de intervención para filósofos se dejan un poco en segundo lugar”. Especialmente en *La sorpresa del mundo* habla en efecto de Deleuze, con gran admiración y reconocimiento, pero no menos de Walter Benjamin, Levinas, Freud, Lacan, Simmel, Foucault, Hannah Arendt o Georges Bataille. Lo que más llama la atención sin embargo, entre esta nómina impresionante de figuras referenciales, son los modos de conectarlas con un discurso de sentencias lapidarias populares o familiares, con la memoria personal de las primeras lecturas y escrituras, con los poetas de cualquier época, el mundo inaugural de la infancia, alguna peregrina canción de Juanito Valderrama o un verso del *Cántico espiritual*.

No se trata en estas páginas, obviamente, de reseñar ni siquiera una mínima parte de la compleja obra dejada por Marinas, y no sólo escrita, sino de subrayar ciertos rasgos y hallazgos del autor en cada uno de los bloques medio arbitrarios que se han fijado y de su propia actitud observadora del mundo, reflexiva y creativa ante sus figuraciones, sesgos y enigmas. Así nos asomamos apenas al segundo apartado temático de esta clasificación aproximativa para dar una breve noticia de algunas de las publicaciones que la constituirían.

### Semiología social, iconología y traducción

Este espacio quedaría iniciado y acotado por la publicación resultante de la tesis doctoral del autor, *Los signos en sociedad: Roland Barthes* (1980), marcando una de sus claves analíticas o referencias coincidentes, y sus saltos de caballo derivados hacia *La fábula del bazar. Orígenes de la cultura del consumo* (2001), *Los nombres del Quijote: una alegoría de la ética moderna* (2005), *El poder de los santos. Valor político de las imágenes religiosas* (2014), *El bazar de Ramón Gómez de la Serna. Seducción de las masas y cultura de consumo* (2020) y *El ajá del traductor. Experiencias y versiones* (2021).

El bazar viene a ser aquí, como las exposiciones universales decimonónicas, el espacio sintomático de un cambio social, el iconostasio de una idolatría nueva, indicadora de un horizonte antropológico arriesgado y dudoso. Marinas unifica y proyecta lo que al respecto intuyeron o señalaron el Marx del “fetichismo de la mercancía”, el Ortega de *La rebelión de las masas* o *La deshumanización del arte*, el Freud de *El malestar de la cultura* o el Walter Benjamin de *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*. La idea del despilfarro de Geor-

ges Bataille, la de los dones de Marcel Mauss y el ambiente barroco y cursi de *El Rastro* de Gómez de la Serna coadyuvan igualmente a la nítida caracterización que describe Marinas del mundo contemporáneo del consumo compulsivo, la autosuficiencia inconsciente y los reclamos instantáneos y efímeros de la modernidad.

En esa línea de rastreo de los orígenes de tal atomización mercantilizada, domesticada y en gran medida autoimpuesta debe considerarse *El poder de los santos*, es decir, la desviación del sentido iconológico procedente del Barroco hacia una autocelebración tan consumística y estática como cualquier otra. O sea: “de la mística a la consumística”, como tal vez hubiera podido decir Miguel Marinas. En cuanto a sus lúcidos trabajos de traductor y teórico sobre la traducción (*Diario de viaje a Italia*, de Montaigne, con Carlos Thiebaut (1994) y *El ajá del traductor* (2021), merecerían comentario aparte y la naturaleza de este artículo, más su limitado espacio, no lo van a permitir. De idéntico modo sucede con *Los nombres del Quijote*, o sea, la forma moderna y la intención tan sutil del nombrar de Cervantes como un trasfondo ético de rara originalidad, aunque oscurecida bajo la brillantez de la ficción quijotesca.

### Filosofía, política, identidad y psicoanálisis

El bloque seguramente más denso, en cuanto corpus de pensamiento o análisis teórico y crítico de entronque universitario, también resulta ser el más extenso y de él podríamos destacar, entre muchos otros títulos, *La razón biográfica* (2000), *Lo íntimo y lo público. Una tensión de la cultura política europea* (2005), *El síntoma comunitario: entre polis y mercado* (2006), *Investigar la cultura del consumo* (2012), *Lacan en español*, con Ignacio Gárate (1997, 2003 y 2010), *Ética de lo inconsciente. Sobre comunidad y psicoanálisis* (2014), o *La ética del don y la comunidad política* (2019).

En estos libros fundamentales, y acaso tan representativos como otros que pudieran haberse agrupado de manera distinta, Marinas reflexiona sobre una constante de su pensamiento: la necesidad individual de construir un sujeto, una conciencia íntima hecha de particularidades aparentemente banales, de retornos a las fuentes primigenias, de palabras rescatadas de sombras familiares y posibles asomos del subconsciente freudiano, para ir sumando al deseo socializador, a la renovación cultural y profunda de la polis en un ambiente histórico, e histórico, de simulaciones repetitivas y fantasmagorías desangeladas. El autor desgraciadamente desaparecido, por cierto en un momento de plenitud intelectual creativa y nunca vano continuador de las múltiples y deslumbrantes estrategias de Roland Barthes y Walter Benjamin, propone asimismo la atención a la invención de la razón biográfica, a sus hallazgos capturables, a la voluntad introspectiva con un rumbo cívico y transformador.

Para él hay una ética sutil y obligada en los flecos hirsutos de la memoria balbuceante y trivializada, un dinamismo rebelde en el perfume de las fórmulas inconscientes de cada hablante, una luz incisiva y transferible contra la recepti-

vidad estática de los individuos unificados y aislados por los discursos partidistas de la política imperante, la publicidad estulta y gazmoña, dentro de su pretendida ingeniosidad provocadora, y la incultura del consumo y el despilfarro (Bataille). Desde las sugerencias éticas del psicoanálisis, Marinas propone observar minuciosamente los síntomas de la deshumanización traída y llevada, los orígenes sagrados de las represiones y las claudicaciones, con la esperanza cierta de diagnosticar las derivas inanes de la política conocida y recuperar sus fundamentos éticos. La política no es necesariamente una actividad plana y retrógrada, una estructura de fidelidades e inercias o un mecanismo insustituible de represión mercantil e ideológica, sino un ejercicio de generosidad cívica y estímulo heurístico. La política no tiene por qué operar desde la fuerza coercitiva o la burda colonización mental, no tiene por qué seguir instalada a perpetuidad en su osario siniestro, en el trono poderoso e hipócrita de la ley parcial y nuclearmente injusta, sino que podría regenerarse desde el intercambio honesto, desde una base vinculante que primara la entrega, el don o *munus* (Marcel Mauss) a la manera de ciertas sociedades antiguas, desde la impronta recibida de los sujetos creativos y cívicos, ya hartos de máscaras y enfermos de simulacros.

Otras insistencias y clarificaciones de Miguel Marinas al investigar la cultura del consumo son las de los medios de comunicación convirtiéndolo todo en espectáculo: el mercado, la violencia, la infancia, la anorexia, la clonación, la informática... o hasta sus mismos formatos y las que subrayan la trampa ubicua y autorregenerada que supone tener que partir precisamente del consumo en cuanto base de la cultura política de la sociedad para tratar de dar sentido a la propia identidad cívica y a sus correspondencias libres, ilusionantes, afectivas y solidarias. Todo ello en otra especie de mercadillo de artefactos y talismanes tergiversados, en un laberinto vicioso donde el mero hecho de consumir un producto o una actitud, e incluso su hipótesis, es ya un valor, un verbo intransitivo como escribir lo era para Roland Barthes. Un bazar constantemente renovado, pero no por eso menos diabólico, en el que hasta una manifestación de la moda puede proclamarse sostenible, responsable y ética.

Merece la pena en este apartado, pero en otra especialidad, hacer mención del magnífico trabajo que hizo Miguel Marinas, junto con el psicoanalista Ignacio Gárate, para su breviario de lectura *Lacan en español*. Se trata de una traducción antropológica, en el sentido de que no es sólo ponderada y comentada lingüísticamente, no se atiene a una versión fija de las claves psicoanalíticas de Lacan, sino que propone, entre el francés y el español, varias matizaciones de la ética del inconsciente y extensiones de Freud, el deseo abierto a dimensiones que trascienden con mucho, o contradicen, lo clínico y terapéutico, que acogen lo sagrado de los extremos populares del lenguaje, lo que Lacan llamaría mística, en un trayecto paralelo al de lo simbólico reglamentado y lo imaginario abierto y promisorio. Al hablar de esto, como de otros muchos contenidos lacanianos, los autores (Marinas con Gárate) no sólo deslindan las contaminaciones y las deficiencias hermenéuticas, no sólo matizan epistemológicamente unas versiones y otras, sino que realizan su explicación como una verdadera lección expresiva y demostrativa en sí misma, como una auténtica extensión de las precisiones ful-

minantes de Lacan, un haz de agudos reflejos que resultan enormemente incisivos, ilustradores y sugerentes. Así, cuando en el libro se glosan, en ese “tránsito razonado”, claves lacanianas, como *autre* (otro), *association* (asociación), *bande de Möbius* (cinta de Möbius), *capture imaginaire* (captura imaginaria), *deplacement* (desplazamiento, metonimia), *desêtre* (des-ser), *forclusion*, *l'inconscient* (lo inconsciente), *jouissance* (gozo) o *semblant* (semblanza), los análisis y su reescritura desbrozan los caminos del genial Lacan, hacen que sus penetraciones resulten convincentes, ajustadas y, cuando es pertinente o surge, transgresoras de lo establecido y revulsivas. Es como si, recordando al gramático Édouard Pichon y a Pulgarcito, en este libro se hubieran distribuido muchas piedrecillas-guía perfectamente blanqueadas, las que Jacques Lacan no se molestó en ir dejando a lo largo de su camino.

### Literatura creativa, novela y poesía

Finalmente habría que considerar de semejante interés los libros de creación literaria, que constituirían un capítulo particular, no desligado del todo de las obras anteriores, sino rizomático y comunicante con no pocas de ellas y que, por las extraordinarias dotes observadoras, sensibles y lingüísticas de Miguel Marinas, podría haber sido mucho más amplio si el trabajo estrictamente intelectual no le hubiera ocupado tanto. Aquí contamos con los ya citados *Mano de santo*, novela de 2021, y *Pasto dibujado*, de 2022, junto con los anteriores y también poéticos, *Ejido de las ciudades* (2014) y *Bajar del Bronx* (2016).

*Mano de santo* es un artefacto raro, no es una novela convencional, ni mucho menos, sino una reflexión lingüística muy consecuente con las obras genuinamente de pensamiento del autor, una rememoración de un ámbito infantil, pero que parece remontarse a otros paradigmas áureos mucho más arcaicos. La lengua discurre entre una dimensión de naturalidad oral, dialogante, popular, hecha de sentencias, supersticiones y mandamientos, refranes y canciones y un espíritu juglaresco y goliardesco que hace pensar en una Edad Media prerrománica, asturleonés y evidentemente rural o como mucho provinciana. En ese aire cazarro de curas, maestros y gentes del campo respira a la vez un filósofo inevitablemente autobiográfico, que pregunta y responde procurando ajustar sus conocimientos supuestos a otras formas directas del decir y la escucha, a unas consideraciones humanas nada hagiográficas ni interpretativas.

Marinas ejecuta la proeza de agotar un teatro nacional de representaciones simbólicas que cercan de modo inexorable unas formas de vida inocentes y sagradas, utilizando registros aparentemente contrapuestos, variantes diafásicas y diastráticas, más una serie de fonetismos diatópicos, conviviendo con una soltura y una potencia generadora insospechadas. Los santos circulan fundidos con los vivos, como en *Pedro Páramo* se fundían los vivos y los muertos, para armar un pretexto político nacionalcatólico sobre un humus misterioso. La impresión es de antesala de un infierno solapado, pérdida terrible, oscurantismo fundacional y propuesta de tierra quemada, de destrucción creadora. Lázaro de Tormes en

procesión con la madre Celestina y Cervantes resuenan entre la inocencia y la condena de los primitivos. Contra el viento tibio y envenenado de la actualidad, flotan en la páginas de esta crónica espectral de Miguel Marinas, donde van y vienen Vírgenes y reliquias, Sagrados Corazones domésticos y tristes falacias de *San Manuel Bueno, mártir*. No sería difícil acceder a los cimientos filosóficos y psicoanalíticos de esta etapa más que final de José Miguel Marinas, a la que arribó tras haber estado valorando y posponiendo durante años la redacción y la publicación de este libro, hoy tan poco consumible. Desapareció justo en la intuición de un proyecto aún más extremo: el de afrontar una obra sin más asunto que el de la lengua en sí. Otro proyecto formalista como el que soñó Juan Ramón Jiménez y que probablemente estuvo muy cerca de cumplir en su poema capital *Espacio*.

Y ya que reaparece aquí la poesía, esta evocación del admirado y querido amigo José Miguel Marinas (apenas un pálido reflejo de la relevancia de su pensamiento y su escritura) podría concluir por otra de sus grandes devociones: el flamenco. Marinas, una vez más, no fue en esto sólo un estudioso de la teoría o de la historia, sino que se integró en un grupo de aprendices del cante, por gusto musical y literario, pero por descender a ese riesgo de la voz iniciática, a ese territorio primigenio del desgarrar y el silencio. Insólito, o quizá no tanto, un catedrático de Filosofía que aprendía flamenco cantándolo, baste citar un único poema de *Pasto dibujado*, que conecta con ambas artes, en no pocos aspectos la misma: “soñé que cantaba flamenco/ buscaba qué modo era mejor de soleá/ me quedé con todas las que son abiertas/ por el pecho de la camisa desabotonada/ por la puerta de la garganta que saborea/ la aurora/ por los labios que celebran la calle/ en la que echan agua y nacen flores”.

Precisamente una soleá memorable y asociable era cantada por un delicado Pepe Pinto allá por los años 40 del siglo XX, aun antes de que naciera el que también iba a ser flamenco, además de filósofo, semiólogo, estudioso del psicoanálisis y, entre muchas otras cosas, cronista y poeta: “Yo a las raíces me agarro/ que están dentro de la tierra./ A las ramas no me agarro/ porque el viento se las lleva”. Marinas atendía siempre a las raíces, pero en ningún caso dejaba de irse por las ramas. En ellas, y al final de ellas, encontraba y nos mostraba esas flores del poema, los frutos y los nidos de antaño donde ya no hay pájaros hogaño.

José M<sup>a</sup> García López